

**Raquel Chang-Rodríguez. *Cartografía garcilasista*.  
Universidad de Alicante, Cuadernos de América Sin  
Nombre, 2013. 285 pp. ISBN 978-84-9717-250-9**

Ivonne Piazza de la Luz  
Universidad de Puerto Rico

Con credenciales de experimentada cartógrafa, Raquel Chang-Rodríguez nos conduce por los mares escriturales de la obra del primer gran escritor peruano, el Inca Garcilaso de la Vega, en su más reciente periplo expedicionario de crítica literaria. “Como navegante en mar tempestuoso, fui apuntando el rumbo, las maniobras y los accidentes”, nos deja saber la autora en la Introducción a su *Cartografía garcilasista*, sugestivo título que implica travesía e indagación, pues el mapa náutico más allá de describir la superficie del agua, también anota sus escollos y bajíos. Y a las hondonadas de los textos del luminar cuzqueño nos avienta la avezada estudiosa del tema, como enseguida veremos.

En tiempos recientes, el término “cartografía” estuvo en el candelero relacionado a otro prominente escritor peruano, Mario Vargas Llosa, cuando el comité del Nobel difunde los méritos para la otorgación del premio: por su cartografía de las estructuras de poder y sus incisivas imágenes de la resistencia, la rebelión y la derrota del individuo. Por su parte, la carta de marear de Chang-Rodríguez resalta imágenes y estructuras –tanto de poder como literarias– de la obra del cronista andino, desde su contexto biográfico, histórico, político y social: peruano mestizo, exiliado, temprano bilingüe, escritor y humanista distinguido, descendiente de las dos vertientes de poder en el Perú colonial, el incario y el virreinato español. La diplomada cartógrafa va esclareciendo e interpretando, con pormenorizado rigor, las piedras al ras del agua, haciendo gala de su dominio de la materia, ya registrado en un vasto repertorio de investigación y trabajos que lo anteceden.

En tres partes principales se divide la estructura del libro, cada una dedicada individualmente a las tres obras del Inca Garcilaso de la Vega: primero, el olvidado tratado genealógico, *Relación de la descendencia del famoso Garci Pérez de Vargas* (1596), que le permite a la autora establecer el vínculo con sus dos obras señeras, *La Florida del Inca*

(1605) y los *Comentarios reales* (1609, 1617), correspondientes a las dos partes restantes. Un prólogo de Carmen Ruiz Barrionuevo, una introducción y una cronología anteceden el análisis de los apartados fundamentales de la *Cartografía*, a los cuales les suceden dos oportunos apéndices: una lista de las treinta y tres ilustraciones insertadas a lo largo del libro como complemento a la materia presentada, y un índice onomástico.

De entrada, es preciso subrayar la importancia de incluir un análisis detallado de la *Relación de la descendencia del famoso Garci Pérez de Vargas* (1596). Se trata del trabajo primerizo –postergado y poco estudiado por la crítica– que la autora coloca en sitial preponderante y marca en su carta náutica como escala obligada en la travesía literaria del Inca, permitiéndole descubrir su evolución como escritor al percatarse de “cómo en esta obra menor campean ideas principales, articuladas y modificadas por el Inca a lo largo de sus escritos” (79). Chang-Rodríguez contextualiza la *Relación* en la práctica medieval de presentar vínculos de parentesco y la difusión del árbol genealógico, poderoso instrumento para afirmar el poder social, político y económico de una familia noble (59). La crítica señala que el Inca lega un texto donde privilegia virtudes tradicionales asociadas al comportamiento caballeresco, como la prudencia, la fortaleza y la lealtad, pero vinculada a nuevas concepciones donde la prosapia cuenta menos que las acciones virtuosas individuales. Destaca, además, que en esta fusión de linajes, el Perú también ocupa un lugar central; el Inca se otorga a sí mismo el apelativo de “Yndio Antártico”, pero dentro de una queja: a pesar de haber cumplido con su obligación de emular y honrar a sus antepasados, “los más” lo ignoran por su ascendencia indígena.

Más allá del evidente interés del Inca por dejar clara su genealogía y sus vínculos de sangre con distinguidos personajes de la época, Chang-Rodríguez detiene su mirada en las preferencias poéticas del autor andino reflejadas en este temprano trabajo de la *Relación*. Aflora aquí un Garcilaso al tanto de las polémicas literarias de la época (los metros castellanos vs los italianos/ octosílabos vs endecasílabos/ antiguos vs modernos), y aunque se destaca su preferencia por el metro tradicional, se muestra receptivo a las posibilidades de la innovación.

Imprevisto y sugestivo resulta el acercamiento de la autora a los versos *contrafacta* por los cuales el Inca tuvo especial predilección, interesado sobre todo, señala la autora, en el fino trabajo verbal dirigido a la

recreación y la innovación, implícito en la labor de “divinizar” los versos profanos así como en el glosar los textos de la liturgia eclesiástica. Asunto que —con puntilloso afinamiento crítico— le sirve a Chang-Rodríguez para vincular y preguntarse “si sus lecturas sobre el tema, contribuyeron a reforzar la idea, en los años en que componía *Comentarios reales*, de proponer su obra maestra como ‘comento y glosa’, un tipo de *contrafactum* prosado y a lo incaico de las crónicas castellanas; en esta rearticulación los vencidos y su civilización se convierten en ejemplares mientras los tradicionalmente deificados triunfadores pasan a otro plano” (95-96). Valiosa exégesis que, invirtiendo el objetivo de su “ruta de indagación” de rastrear hasta el fondo las profundidades, devela tan solo la punta del iceberg, pues propone una lectura que, sin duda, abre una ruta alterna para los estudios garcilasistas.

El cuarto apartado se ocupa del primer texto histórico del cronista andino, *La Florida del Inca*, cuya innovación principal, según la autora, se encuentra en la representación del indígena como sujeto capaz, a quien equipara con el europeo. Siguiendo la ya registrada aproximación cartográfica al texto, más allá de la literaria, se dan cita aquí las expediciones virtuales. La principal, la fallida de Hernando de Soto a la Florida, pero que la autora aprovecha para establecer nexos con otros viajes de exploración en la zona —matizadas con la búsqueda de riquezas y de la fuente de la eterna juventud— reseñados en el apartado “Exploraciones floridananas”. La crónica se vincula además con la conquista del Perú y la recepción que tuvieron en la Nueva España los sobrevivientes de la expedición. En el apartado dedicado a los acontecimientos en Cuba —además de ligar reflexiones que aparecen en *La Florida*, relacionadas a las consecuencias del comportamiento desenfrenado, y sobre la conducta del europeo y el indio que recorren la obra del Inca— Chang-Rodríguez hace un llamado de atención al reconocimiento de la capacidad de la mujer nativa, ejemplificado en el encuentro de la princesa Cofachiqui y el conquistador Hernando de Soto; se evidencia que Garcilaso procura destacar la prudencia y el buen juicio de la cacica. De otra parte, de gran relevancia resulta la visión totalizante de América que en la crónica percibe y propone la autora, al destacar cómo el narrador —en los capítulos que ella llama “mexicanos”— “reconfigurando objetos, plantas y animales, y desgranando anécdotas lingüísticas e históricas, liga a México, Perú, el Caribe y La Florida” (152). Estas secciones de *La Florida* —parafraseo a la autora— llevan al lector de una geografía a otra, obligándolo a reflexionar

sobre la historia compartida, imágenes que serán ampliadas en su obra posterior.

Y en este repertorio itinerante de desplazamientos geográficos, la autora marca –en la quinta y última parte del libro, dedicada a los *Comentarios reales*– otra importante travesía: la ruta transatlántica del propio Inca Garcilaso –desde su Cuzco natal hasta España–, rumbo que lo lleva al exilio para nunca más volver. Es válido reconocer que esta ruta física del Inca en los *Comentarios*, como bien señala la autora, aparece documentada en breves glosas y apartes casi imperceptibles; peregrinaje que, con impulso desocultador Chang-Rodríguez rescata, y cuyo examen hace ostensible otros relieves: mostrar cómo el periplo recordado con la distancia de los años se integra a una compleja meditación donde el Inca “entreteje ... su concepto de la historia como percepción de América y sus habitantes” (172). Al analizar la selección de los lugares evocados y sus comentarios –con apoyo informado por los parámetros de Kenneth Burke en su *Grammar of Motives*, para entender el cómo y el porqué del acto narrativo– Chang-Rodríguez se propone delinear el “recorrido ideológico que anima al narrador” y la “ruta simbólica de un inusitado trayecto intelectual” (173). Sus conclusiones marcan posturas éticas; conductas que debería adoptar la empresa colonizadora a partir de la asociación y modo de agrupamiento de personas y aves; y el enaltecimiento de los soberanos del Tahuantinsuyo, dejando entrever que no todo lo recibido de Europa es aceptable. En fin, la crítica cubana lo muestra como un “autor contradictorio y moderno capaz de ... asimilar las complejidades del coloniaje en su tierra” (194).

A esta circunnavegación vital, le siguen dos apartados que ponen de relieve la valoración de la mujer en la cultura andina pre-colonial y su alcance en la hoja de ruta propuesta por Chang-Rodríguez. De una parte, se destacan las ocupaciones de las Vírgenes del Sol recogidas en el *acllahuasi* del Cuzco –importancia que exalta Garcilaso en su crónica–, cuya tarea principal era tejer las ropas del Inca y la Coya, su mujer legítima; vestimenta exclusiva que jugaba un papel central en el Tahuantinsuyo por medio de la cual era posible identificar –entre otros– rango y procedencia étnica. Lo que intenta develar Chang-Rodríguez es la línea rectora de estos capítulos –valorados hasta entonces como etnográficos–, aquilatándolos como tramo estratégico de la crónica al traer a la memoria –en una época de hegemonía española– las pasadas glorias del incario, cuyas trazas los dirigentes coloniales intentan anular. La autora advierte

que al resituar el arte textil y la labor de las vírgenes del Sol en el meollo del progreso civilizador incaico, como en el momento del auge del imperio, Garcilaso emite, desde el ámbito del espacio y quehacer femeninos, un doble mensaje: la reafirmación del incario y la censura al virreinato.

Por otro lado, y más significativa tal vez, resulta la sección dedicada a la madre del Inca, cuya efímera presencia en los *Comentarios reales* ha propiciado una generalidad crítica de destacar su borradura; “como una sombra” la reparó en su momento Miró Quesada. Sin embargo, Chang-Rodríguez elabora un detenido examen para resaltar esta figura así como el clan materno, que por medio de las pláticas que el Inca sostenía con ellos cuando joven, se “constituyen en un murmullo soterrado y polifónico que fundamenta la crónica” (224), y cuyas voces les llevan a un pasado glorioso. Al resaltar su tragedia de cómo el reinar se trocó en vasallaje, la autora concluye que a pesar de estar fugazmente presente, la imagen de la madre no es mera “sombra”, sino pilar principal en el entramado ideológico y el significado profundo de las formulaciones narrativas de los *Comentarios reales* (238). Si bien la figura de la Palla Chimpu Ocllo le permite a Garcilaso trazar memorias de su genealogía y afirmar su pertenencia al más alto linaje incaico, también hace plausible incorporar la historia peruana al plan estructural de su obra.

El resultado final de este trayecto textual recorrido en alta mar, deja entrever que *Cartografía garcilasista* se constituye en el producto de un dilatado proceso de análisis e investigación que hace evidente una consagrada noción de compromiso académico. A la capacidad explicativa en prosa clara y precisa, así como a la multiplicidad de modos inusitados de ver y entender la obra garcilasista, le acompaña un extraordinario acopio de información biográfica e histórica, contextualizando las instancias que así lo requieren. Se trata de un libro que pretende adecuarse al material estudiado, jerarquizando la travesía, pues el Inca “vivió en un mundo transatlántico, alternado geografías, linajes, lenguas y culturas” (24). A tenor con esto, la autora toma la obra del Inca bajo el prisma del itinerario y la cartografía, lo que le permite delinear las profundidades ocultas en aguas marítimas, que solo una carta de navegación registra, proporcionando una lectura que –más allá de novedosa– ilustra la pericia y el erudito rigor de Raquel Chang-Rodríguez. *Cartografía garcilasista* constata que la escritura del Inca Garcilaso de la Vega es un acontecimiento amarrado a su experiencia de vida, a la vez que logra modificar determinadas vertientes en el modo de percibir una obra cuya permanencia ha logrado trascender los sobresaltos y tempestades del tiempo.